

San Petersburgo contra su aliada. La Rusia la dió oídos, porque se la habló de volver á reanudar los proyectos sobre el Oriente que José II y Catalina habían soñado en otro tiempo, antes que estallase la inmoral Revolución del 89. Pero, ¿quién sabe? Gracias á los desórdenes revolucionarios, y en la confusión de todo, tal vez hubiese medio de poder continuar esas magníficas combinaciones. Austria tomaría, por lo pronto, una parte de la Polonia en Prusia, después la Baviera, después Venecia, después las legaciones, después las provincias limítrofes de la Turquía. Esto valía más que batirse contra descamisados. Había, sin embargo, una dificultad. ¿Qué diría el comité de salvación pública? ¿Qué diría el terrible Robespierre? Y la moral, ¿qué sería de ella? La moral es buena para los tontos. Es su lote. Quedaba la República. Había un medio para contentarla. Ya se decía en París que la República debía reclamar sus fronteras naturales, la Bélgica y la orilla del Rhin. ¿Por qué no dárselas? De esta manera la Rusia, el Austria y la Francia se repartían el dominio de la Europa. Y si ellas estaban de acuerdo, ¿quién se atrevería á quejarse? (1).

Muchos lectores creerán que escribimos una novela diplomática; ciertamente sería la más in-

(1) VON SYBEL, *Geschichte der Revolutionszeit*, t. II, p. 188 y siguientes; t. III, p. 138-140, 328 y sig.—HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. I, p. 482, 507, 584 y siguientes.

moral de las novelas. No es nada de esto. Es el resumen de las negociaciones que precedieron al tercer reparto de la Polonia, y este nuevo atentado contenía también el germen de los mayores crímenes. Hé ahí á qué condujo la coalición, esta santa liga formada para el restablecimiento del orden moral en Europa. Austria y Prusia estaban con navaja en mano; la Rusia hacía traición á la Prusia; ninguno de los coligados pensaba ya en la guerra de principios que habían declarado á la Francia. ¿Qué digo? ¡Daban la mano á Robespierre! Sin el 9 termidor, hubieran tratado con el hombre que pasaba por el jacobinismo encarnado. El emperador estaba dispuesto á entregar la orilla izquierda del Rhin á la República, si la República consentía en cederle la Baviera y la Italia. Catalina II hubiera estrechado la mano del sangriento dictador, si le hubiera permitido ir á Constantinopla. Tan sólo Inglaterra tenía interés en proseguir la guerra contra la Revolución; pero ¿era á causa de sus principios? Los principios de la Inglaterra, como la moral de la Prusia y del Austria, van dirigidos á los simples de espíritu: significan interés; no los grandes intereses de la humanidad, ni aun el interés político de la Europa, sino el interés del comercio, el interés de la aristocracia. Tal es la moralidad de la coalición. Si la causa de la coalición concluyó por ser la de la libertad, no se debe á los principios, se debe á los pueblos.

CAPITULO II

LA PROPAGANDA REVOLUCIONARIA

§ I.—Guerra de propaganda.

N.º 1.—*La Revolución y la guerra.*

I

Conocemos una de las fases de la larga lucha que ha desgarrado la Europa y que la divide todavía. Sabemos que la coalición estaba animada de todas las malas pasiones que inspiraban la política realista en el siglo XVIII. Es menester ahora ver cuál es la parte de responsabilidad que pesa sobre la Revolución y sobre la Francia. La Revolución empezó por renunciar á toda pretensión de conquista; después se hizo conquistadora, y la Francia revolucionaria no puso límite alguno á su espíritu de invasión. Aquí hay, en apariencia, una contradicción manifiesta. ¿Se puede decir que la Revolución degeneró desde el momento en que hizo la guerra y dió un mentís á las nobles promesas del 89, llevando su bandera ensangrentada á todos los países de la Europa? Esta es la opinión de un escritor de genio que merece ser escuchado, en medio de que desconocía las necesidades de la vida real para entregarse á las inspiraciones de lo ideal.

“Los sucesos, dice Lamartine, han decidido

sobre esta gran controversia; queda solamente á la historia el recoger el testimonio de los hechos. ¿Qué sucedió cuando la Francia, en lugar del apostolado de los principios, invadió los territorios de todos los pueblos? Un solo grito se levantó contra la ambición francesa; las naciones cuya independencia estaba ultrajada se ligaron para su defensa común con sus gobiernos. Los reyes se aprovecharon de este levantamiento para convertir en soldados sus súbditos; durante veinte años, la sangre corrió entre la Francia y los pueblos que esta guerra funesta impedía fraternizar en la misma fe. Aun en Francia misma el fanatismo de la soldadesca por los grandes generales se substituyó al entusiasmo por los principios del 89; los golpes de Estado de las bayonetas, las dictaduras militares surgieron de la ambición natural á soldados vencedores. La Francia fué victoriosa, pero la libertad fué avasallada, y todas las fuerzas pervertidas del patriotismo se volvieron contra la Revolución. ¿Cuál fué el resultado de estos extravíos? El advenimiento de las reformas políticas, sociales y racionales en Europa, que estaba en retraso de varios siglos

quizá, la filosofía, muerta por la guerra que no piensa, pero que mata.,,

Lamartine concluye que Mirabeau, Lafayette, Bailly, Robespierre, Talleyrand eran los verdaderos profetas de la filosofía al aconsejar contra la guerra ofensiva, mientras que Danton, Marat, Barnave, los girondinos futuros y los demagogos presentes no eran sino los profetas de la sangre, sangre perdida para el triunfo de las ideas populares. La Revolución está ideada; son las ideas las que deben combatir, invisibles é invulnerables, por ella en el espíritu de los pueblos, es preciso que estén desarmadas. Una verdad presentada con la punta de las bayonetas deja de ser una verdad, es un ultraje (1).

¿Es cierto que se debe maldecir la guerra como un error de los facciosos y de los ambiciosos? ¿Es cierto que los grandes revolucionarios la repudiaban? Un escritor cuya pérdida deplora la democracia, Proudhon, protesta contra esta acusación. "No, dice, los que en 1791 hicieron decretar la guerra á la contrarrevolución, representada por el extranjero, no fueron ni facciosos ni ambiciosos; al contrario, tenían mejor que Robespierre y sus amigos el sentimiento verdadero esta Revolución. ¿Qué hubiera sido, pues, esta Revolución sin la sanción de la sangre y de la victoria? La guerra es divina, la guerra es justiciera, la guerra es regeneradora de las costumbres..." (2).

Nosotros no nos asociamos á esta glorificación de la guerra sino con algunas reservas. Todo lo que dice Lamartine de los efectos funestos de la fuerza bruta, cuando la causa es de las ideas, es cierto. Pero también es cierto que las guerras de la Revolución fueron una necesidad y, en cierto sentido, un beneficio de la Providencia. Lamartine se engaña al acusar á uno de los partidos que dividían la Revolución de haber provocado la guerra. La Revolución misma es la guerra en esencia, la guerra de las ideas nuevas contra el pasado político y religioso. ¿Se dirá que esta guerra hubiera podido y hubiera debido pasarse en el interior de la Francia, y que al ser una guerra europea avocó á la contrarrevolución? Esto sería olvidar, en primer término, que la guerra fué meditada contra la

Revolución por la Europa monárquica en aquel tiempo en que los hombres del 89, en su ilusión, creían sinceramente que la nueva era sería una era de paz. Esto es desconocer aún el alcance universal, humano de la Revolución; ésta no se dirigía únicamente á la Francia, estaba llamada á regenerar la Europa. Desde aquel momento, la lucha, y una lucha sangrienta, era fatal, porque la oposición era inevitable. La Europa monárquica, lo mismo que la aristocracia y que la Iglesia, ninguna deseaba abdicar. El cadalso, la guerra civil y la guerra extranjera no son más que actos distintos de un solo y mismo drama. Si hay, pues, un culpable, es la Revolución: ella empezó la guerra, no en 92, sino en 89. Iniciativa gloriosa que la historia no le imputará como un crimen; ella no condena á los que hacen las revoluciones, afrenta á los que las hacen necesarias.

Montesquieu dice que toda Revolución es conquistadora. Frase profunda que va más allá del pensamiento del que la ha formulado. El autor del *Espíritu de las leyes* explica muy bien por qué no hay ningún Estado que amenace más á los otros con una conquista que el que está desgarrado por la guerra civil (1). Ha habido, sin embargo, revoluciones que no fueron conquistadoras: las de Inglaterra y de América se reconcentraron en sí mismas. Si la Revolución francesa tuvo un destino más aventurero, ¿no hay que buscar la razón en el genio particular de la raza que en ella domina y en la alta misión que Dios le ha encomendado? El siglo XVIII influyó sobre la Europa por las ideas; pero esta influencia no pasó á las clases superiores, y amenazaba ser estéril para los grandes intereses de la humanidad. Era menester que los principios del 89, elaborados por el pensamiento libre, se extendiesen por todas las clases de la sociedad. Es decir, que la Europa debía ser conmovida hasta en sus cimientos. Esta es la razón providencial de la guerra de propaganda encendida por la Revolución. Sin duda alguna que la guerra es un mal medio de propagar las ideas; muy á menudo mata la idea en vez de favorecer el progreso. Pero lo mismo puede decirse de las revoluciones; son arrastradas por la violencia mucho más lejos del fin que se proponen al principio; por lo tanto, un fin traspasado es un fin frustrado; de aquí esas tristes re-

(1) LAMARTINE, *Histoire des Constituants*, t. IV, p. 374-376 (edición en 8^o).

(2) PROUDHON, *La Guerre et la Paix*, t. I, p. 110.

(1) MONTESQUIEU, *Grandeur et décadence des Romains*, c. XI.

acciones que son tan aflictivas como el imperio de la fuerza militar. ¿Qué quiere decir esto? El progreso lento y regular de la civilización sería ciertamente preferible á esas sacudidas violentas que turban la sociedad, aun cuando la hacen avanzar. Pero la edad de este desenvolvimiento pacífico, ¿había llegado en 89? Sería menester estar dotado de singulares ilusiones para creerlo así, en presencia de las pasiones furiosas que intentaron contener por medio de la fuerza el curso de las ideas nuevas. La oposición que encontraron los principios del 89 condujo á los excesos y á los crímenes del 93. De la misma manera la coalición de los reyes contra la Revolución condujo á la guerra de propaganda, y ésta degeneró en guerra de conquista.

II

No creemos que es negar la evidencia negar las consecuencias funestas de la guerra de propaganda. Pero no queremos tampoco asociarnos á la ciega reacción que se ensaña contra la Revolución francesa. Los historiadores alemanes, testigos de los males que los ejércitos de la República causaron á su patria, maldijeron á los hombres que tomaron la iniciativa de estas luchas sangrientas. Les ha sucedido lo mismo que á los escritores que juzgan la Revolución por los crímenes del Terror; éstos no ven más que fechorías por todos lados; tratan de bandidos á los héroes del 89 y hasta á los filósofos de los cuales eran discípulos: aquéllos, viendo la hez de la sociedad caer sobre la Alemania como un rebaño de bestias feroces, confunden en la misma reprobación los autores de la guerra y los pillos y estafadores que inundaron la Europa después de los ejércitos republicanos. Al decir de los historiadores alemanes, los hombres que excitaron á la guerra estaban animados de las pasiones más viles: los unos ávidos de saqueo, los otros temiendo la horca en el caso en que el imperio de las leyes prevaleciese, todos arrojándose á ciegas en las eventualidades de una guerra europea con el objeto de mantenerse en el poder (1). ¿Es cierto que la política de la Revolución se resume en una sola palabra: bandolerismo?

(1) VON SYBEL, *Geschichte der Revolutionszeit*, t. III, pág. 3; tomo II, p. 24.

Nosotros nos admiramos que historiadores serios se hagan eco de estas calumniosas invectivas; deberían abandonarlas á las gentes de iglesia, que tratan de ladrones y bandidos á los Mirabeau y á los Dupont, porque declararon los bienes eclesiásticos propiedad de la nación (1). ¿Quién provocó la guerra? Admitamos que la responsabilidad pese sobre la Francia; falta saber quiénes fueron los culpables. Vemos á Robespierre y sus amigos, los hombres á quienes se quiere afrentar como á bandidos, oponerse con todas sus fuerzas á que la guerra fuese declarada. Durante meses enteros, en la sala de los jacobinos se oyeron discursos pacíficos. ¿Quién excitó á la guerra? Los girondinos. ¿Eran, sin embargo, bandidos los Brissot, los Guadet, los Vergniaud, los Condorcet? ¿Tenían tanto empeño en conservar su vida estos mártires de la Revolución que subieron al cadalso cantando la Marsellesa?

Los historiadores alemanes han formulado una verdadera acta de acusación contra los ejércitos republicanos. Citaremos algunos rasgos. Es menester que los pueblos conozcan los males inherentes á la guerra, aun cuando se haga con un espíritu propagandista. Los ejércitos franceses llevaban la libertad á los Alemanes; hubieran querido hacer revoluciones y republicanizar la Alemania. Había poblaciones en las que se les recibió con simpatías; pero se disgustaron bien pronto de una libertad que de hecho consistía en la más vergonzosa explotación. No tratamos de las contribuciones y de las requisiciones: éste era el menor de los males. Se saqueaba sistemáticamente, se robaba cuanto podía ser llevado. Esta palabra robo parece demasiado dura; pero ¿puede llamarse de otra manera un pillaje que iba hasta el extremo de arrancar sus vestidos á los habitantes? Ni aun los más pobres escapaban. ¡Se vieron mendigos despojados de las limosnas que acababan de recoger! Sin embargo, ¡la Convención había declarado la guerra á los castillos y la paz á las cabañas! Para ponerse al abrigo de estas expoliaciones, los Alemanes pagaban salvaguardias á peso de oro. Pero los generales aceptaban el dinero, y los soldados cogían á los desdichados Alemanes cuanto les quedaba. ¿Qué puede decirse de la brutalidad de los vencedores? ¡Se les vió ultrajar en medio de las calles á mujeres

(1) GAUME, *la Revolución*, t. III, p. 64.

de sesenta años y a niños de ocho! Los ejércitos republicanos renovaron a fines del siglo XVIII los horribles excesos de la guerra de treinta años (1).

¿Puede creerse, después de esto, que los historiadores franceses han presentado los ejércitos del Rin como modelos de disciplina en comparación de los ejércitos de Italia? La Bélgica también tendría que unir sus quejas a las de los Alemanes y a las de los Italianos. El cuadro de la administración francesa antes de la reunión definitiva de los Países Bajos a la Francia ha sido trazado por un escritor belga, prueba en mano (2); se puede resumir en tres palabras: bandolerismo, brutalidad, insolencia. Dumouriez confiesa que los comisarios enviados a nuestras provincias eran en su mayor parte bestias feroces y facinerosos que cayeron en Bélgica como aves de rapiña (3). Los detalles sobre su conducta son tan atroces como grotescos y odiosos. Nos repugna pasar por ellos. Nada hemos dicho de los crímenes del Terror, nada diremos tampoco de los procónsules de escalera abajo, ni de los ladrones que seguían los ejércitos; estos crímenes atestiguan que la nación francesa, en sus capas inferiores, era aún inculta y bárbara. ¿Quiénes son los responsables de esta barbarie? No lo son ciertamente los brillantes oradores de la Gironda. Es al antiguo régimen, a la monarquía y a la Iglesia a quien hay que acusar, y no a la Revolución. A despecho de los crímenes del 93, la Revolución ha sido bienhechora, como lo son las tempestades que asolan los campos y purifican la atmósfera. Lo mismo sucedió con las guerras de la república. Los contemporáneos lo lloraron; nosotros, que recogemos el fruto de estos trastornos, seríamos unos ingratos si contásemos con tantos detalles como hacen los historiadores alemanes lo que nos ha costado la libertad, de la cual gozamos en definitiva, gracias a los *sans-culottes*, que tan mal recuerdo han dejado en nuestras provincias. En lugar de acriminar la conquista, aprovechemos la lección que nos da; es grandiosa y solemne. La historia dice a los pueblos: "Haceos vosotros mismos vuestro destino. No dejad acumular los abusos hasta el punto que una revolución sea el único

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 31, 32, 77, 78.—*L'Allemagne occidentale, à l'époque de la Révolution française, dans la Bibliothèque universelle de Genève*, 1864, t. XIX, p. 32-34.

(2) BORGNET, *Histoire des Belges à la fin du dix-huitième siècle*, t. II, p. 165-167.

(3) DUMOURIEZ, *Mémoires*, I, 5.

remedio, ó que el extranjero tenga que intervenir en vuestro arreglo. Las revoluciones son siempre un mal, y el extranjero no os salvará nunca sino a vuestra costa. Salvaos vosotros mismos. Y si no podéis, si Dios ha de enviarnos socorro, no os quejéis de los excesos de estos libertadores armados. Pues al fin y al cabo, es vuestra la culpa de vuestras desgracias. Por no haberos salvado vosotros mismos, os ha sido menester recibir la libertad acompañada de las violencias de la conquista.

N.º 2.—Los girondinos.

A pesar del saqueo y la rapacidad de los ejércitos republicanos, las ideas del 89 se han abierto camino en Europa. La monarquía y la Iglesia, estos antiguos enemigos de la libertad, han sido vencidos por los descamisados. Corresponde a la iniciativa de los pueblos el transformarse, si quieren evitar nuevos trastornos y nuevas desgracias. ¿Son un don de Dios los beneficios de la Revolución francesa, lo mismo que las consecuencias de la invasión de los Bárbaros? ¿No hay en las guerras de propaganda nada más que las viles pasiones de que Dios se sirve para cumplir sus designios? Los revolucionarios responderán a nuestra pregunta; ellos nos dirán qué sentimientos les animaban. Se puede maldecir el 93, pero hay que convenir al menos que no era un tiempo de hipocresía. Las pasiones eran demasiado exaltadas para hacer sitio a los pequeños cálculos de un miserable interés. Esto no es decir que los malos instintos hayan faltado. Cuando el mar hierve, agitado por la tempestad, sus profundidades conmovidas arrojan a la superficie la espuma y el cieno. Pero no es el cieno, no es la espuma lo que hace la tempestad. Recomendamos a los enemigos de la Revolución, a quienes tanto gusta rebuscar las inmundicias del pasado, que registren las inmundicias de la vieja monarquía y de la Iglesia decrepita de Roma. Si les queda solamente un poco de inteligencia, comprenderán por qué la heroica guerra de propaganda ha sido mancillada por tantos excesos. En cuanto a nosotros, preferimos escuchar a los oradores que anunciaban en las asambleas nacionales en Francia una era de libertad y de fraternidad.

Los hombres del 89 habían renunciado solemnemente a toda guerra de conquista. En 93, la República declaró la guerra a toda Europa. ¿Fue

infiel a las generosas ideas que inspiraba la Constituyente? Condorcet, el filósofo del partido girondino, nos dará a conocer los sentimientos de los republicanos que excitaron a la guerra contra los reyes. En el manifiesto de la *república francesa a los hombres libres* recuerda que el nuevo régimen reposa sobre la soberanía de la nación. El pueblo que ha sido el primero en declararse soberano, ¿tentaría a la soberanía de los demás pueblos haciéndoles la revolución y republicanizándoles a pesar de ellos mismos? Si tal ha sido la realidad, no fué tal ciertamente la idea de la Gironda. "La nación francesa, dice Condorcet, respetará los derechos de las demás naciones; no empleará jamás ni la fuerza ni la seducción para obligar a un pueblo extranjero a recibir ni a conservar jefes que él querría rechazar, a sostener leyes que él quisiera cambiar, y cambiar las que él quisiera conservar. Amiga de todos los pueblos que quieran recobrar su libertad, nunca olvidará que ellos solos tienen el derecho de decidir por sí mismos en qué consiste esta libertad y como la quieren ejercer. Si para la conservación de su independencia ó para el interés común del género humano cree su deber ayudarle a darse una constitución libre, será la que ellos habrán escogido libremente (1).

Esta es una propaganda que no atenta a los derechos de las naciones; en cuanto a los reyes, no tienen ningún derecho a los ojos de la república, y menos aun a los ojos de la razón. Es cierto, como dice Lamartine, que la Revolución es una idea, y que la idea debería propagarse por medio de la fuerza que le es inherente y no por la fuerza de las armas. Tal es también la convicción de Condorcet y de sus amigos. Entonces ¿cómo la pasión de la propaganda armada tomó cuerpo en los republicanos? La Revolución estaba destinada a influir en el mundo entero; si lo ha hecho por los medios sangrientos de la guerra, la responsabilidad recae sobre la Europa monárquica. Esto eran las represalias. "¿Cómo los reyes, dice Condorcet, no se aperciben que al permitirse todo para mantener lo que ellos llaman la seguridad de las coronas, legitiman todo lo que una nación podría emprender en favor de la libertad de los demás pueblos?" (2). El

(1) CONDORCET, *La République française aux hommes libres* (*Œuvres*, t. XII, p. 110).

(2) CONDORCET, *Expositions des motifs qui ont engagé l'Assemblée nationale à déclarer qu'il y a lieu à déclarer la guerre au roi de Bohême et de Hongrie* (*Œuvres*, t. X, p. 448).

fogoso Isnard echó este reto a la coalición desde la tribuna: "Digamos a la Europa que si los gabinetes empujan a los reyes a una guerra contra los pueblos, nosotros empeñaremos a los pueblos en una guerra contra los reyes," (1).

En el momento en que la Asamblea legislativa declaró la guerra al emperador, no pensaba todavía en hacer la revolución a los pueblos contra su voluntad. Puede leerse en la exposición de motivos de Condorcet: "¿Cómo amenazaría la Francia la tranquilidad general, ella que ha tomado la resolución solemne de no emprender ninguna conquista, de no atacar la libertad de ningún pueblo?" Esta profesión de fe de la nueva Francia era sincera. Al mismo tiempo que en París, estalló una revolución en Bruselas y en Lieja. La ocasión era tentadora para la ambición francesa; sin embargo, añade Condorcet, hemos guardado la neutralidad más rigurosa (2). Es verdad que los girondinos acariciaban la esperanza de que la guerra emprendida en nombre de la libertad daría la libertad al mundo; pero creían que los pueblos oprimidos tomarían la iniciativa, y que para esparcir la libertad por el universo bastaría desplegar la bandera tricolor. Esto era una ilusión, pero la ilusión excusa y justifica a los partidarios de la guerra.

La Francia revolucionaria tuvo su poeta. Lebrun dijo que la república no hizo la guerra sino provocada por los reyes y para romper las cadenas de los pueblos:

*«Aux rois du nord comme à la terre
Nous avions tous juré la paix.
Ces rois s'arment: ah! désormais
Qu'ils tremblent! nous jurons la guerre
Soldats, esclaves des tyrans,
Vous tomberez lâches brigands,
Sous nos armes républicaines.
Plus grands que les Romains si fiers
Qui donnaient au monde des chaînes,
Peuple! nous briserons vos fers!»* (3).

La poesía era el órgano de los sentimientos de la nación. Hubo proposiciones pidiendo la guerra. Según las costumbres de aquella época, los peticionarios se presentaban en persona a la Asamblea.

(1) *Moniteur* du 1^{er} décembre 1791.

(2) *Moniteur* du 22 avril 1792.

(3) A los reyes del Norte habíamos jurado la paz como a la tierra. Ests reyes se arman: ¡ah! que tiemblen; desde hoy les declaramos la guerra. Soldados, esclavos de los tiranos, cobardes bandidos, caeréis vencidos por nuestras armas republicanas. Más grandes que los orgullosos Romanos que ponían cadenas al mundo. ¡Pueblo! nosotros romperemos las vuestras.

(3) LEBRUN, *Odes* (lib. V, oda 8).

Su lenguaje, un poco teatral, según el genio de la raza, es una viva expresión de la opinión pública. Legendre, enviado de una diputación, dice: "Todos los ciudadanos quieren rodear el senado francés de su estima; un día será el consejo del universo. Venimos á adorar en él la augusta libertad. Seguid los impulsos de su soberbia audacia: soberana de veinticuatro millones de hombres, la libertad debe arrojar por tierra los tiranos y hollar los tronos que han aplastado al mundo... Si oímos el cañón de nuestros enemigos, el rayo de la libertad hendirá la tierra, alumbrará el universo, herirá á los tiranos," (1). Tal era el lenguaje exaltado de los patriotas desde fines del año 1791. Todos los días acudían peticionarios reclamando la guerra: "La guerra, gritaba el joven Louvet, y que la Francia se ponga al instante sobre las armas. ¡Quizá la coalición de los tiranos esté acabada! ¡Ah, tanto mejor para el universo! ¡Que rápidos como el relámpago, millares de nuestros ciudadanos soldados se precipiten sobre los dominios del feudalismo! ¡Que no se paren sino en donde el servilismo acaba!... ¡Que el hombre instruido y libre recobre el sentimiento de su primitiva dignidad! ¡Que el género humano se levante y respire! ¡Que todas las naciones no formen más que una sola!," (2).

El lenguaje de los legisladores rebosaba la misma exaltación: "Daos prisa, dice Mailhe, á acceder á la generosa impaciencia de la nación. La humanidad sufre sin duda, cuando se considera que al decretar la guerra se decreta la muerte de millares de hombres; pero considerad también que quizás vais á decretar la libertad del mundo entero... Considerad que en el extranjero, el despotismo está en sus últimas convulsiones, que un pronto ataque precipitará su agonía... Una guerra emprendida por semejante causa no debe considerarse como una plaga, sino como el triunfo de la humanidad," (3).

La guerra fué votada por aclamación; las tribunas aplaudieron con transporte; los diputados se quitaron sus sombreros. El entusiasmo revolucionario animaba la Asamblea y la nación. Por la primera vez desde que el mundo existe, la guerra debía ser un instrumento de libertad, un lazo de fraternidad. Así lo dice Brissot, él á quien se acusa de

(1) *Moniteur* du 12 décembre 1791.
(2) *Moniteur* du 27 décembre 1791.
(3) *Moniteur* du 22 avril 1792.

haber encendido una lucha de veintitrés años por ligereza ó por una culpable ambición; él reclamó la guerra en nombre de la libertad universal, de la cual era depositaria la Asamblea nacional (1). El abate Grégoire, el hombre evangélico, habla como el ardiente girondino: "Cien mil esclavos se dice que deben venir del Norte para tocar entre nosotros el clarín de la muerte... Aquí está la guerra de los opresores contra los oprimidos. Decid al universo que, habiendo renunciado al bandolerismo de las conquistas, haréis causa común con todos los pueblos resueltos á sacudir el yugo, para no depender más que de ellos mismos. Puesto que la justicia está de nuestra parte, sin duda nos secundará el que es dueño de los destinos y que tiene en su mano la salud de las naciones. El impulso está dado, parece que la hora ha llegado, que el volcán de la libertad, en su erupción, va á despertar á los pueblos y á operar la resurrección política del globo," (2).

Los generales usan del mismo lenguaje que los legisladores. Dumouriez escribe á Anacharsis Cloots, el orador del género humano: "Las armas de la república han triunfado sobre los enemigos de fuera. Ahogemos los gérmenes de disensiones intestinas, lleguemos á formar la república universal mostrando á los pueblos la felicidad y prosperidad de la república francesa. Tú, sin embargo, orador del género humano, prosigue tu generosa carrera, ilumina á los débiles mortales; que la fraternidad, la única y verdadera religión, llegue á ser el encanto de nuestra existencia y el lazo de todos los corazones. Esta es la dulce filosofía de la naturaleza. ¿Por qué han de ser los cañones y las bayonetas el medio de establecerla y propagarla?," (3). Esta es la gran ambición que inflamaba á los jóvenes soldados del 92: "Animados del genio de la libertad, encargados de su sublime apostolado, no nos detendrán ni las intemperies ni las plazas fuertes, de las cuales una parte de las guarniciones no espera más que nuestra presencia para pasarse á nosotros." En su proclama á los Bátavos, Dumouriez dice: "Cuanto más enemigos tengamos, más se propagan nuestros principios," (4).

(1) *Moniteur* du 31 décembre 1791.
(2) GRÉGOIRE (e abate). Proclama dirigida á los diputados de la segunda legislatura, leída en la sociedad de los Amigos de la Constitución (*Moniteur* du 4 octobre 1791).
(3) *Moniteur* du 20 décembre 1792.
(4) *Moniteur* du 20 février 1793.

Estamos en el 93. La Francia republicana ha inmolado un rey; va á lanzarse en la guerra de propaganda. ¿Es por interés? ¿Es por una oculta idea de conquista? Las victorias de la república no tardaron en excitar la ambición de una nación invasora por naturaleza. Pero en principio es cierto que fué el entusiasmo de la libertad lo que arrastró á la Convención. Podría decirse una recrudescencia del espíritu caballeresco: tal desinterés imperaba en las almas. Escuchemos el informe de Dubois Crancé sobre la organización del ejército: "Al principio de nuestra Revolución, habíamos prometido á todos los pueblos paz y fraternidad. Los tiranos nos han respondido con un grito general de guerra... La nación no se pone á la ofensiva sino para prevenir la invasión de su propio territorio; y cuando está obligada á salir de sus hogares y á destronar á los tiranos, es únicamente para devolver la libertad á los pueblos y volver en seguida á entrar en sus límites, como un río que entra en su madre después de haber fertilizado los campos que le rodean," (1). La Convención nacional dirigió al pueblo francés proclamas para excitarle á la guerra santa de la libertad contra el despotismo, nueva cruzada, en la cual no es ya la superstición la que anima á los combatientes, es la noble ambición de libertar la humanidad: "Jamás, dice una comunicación del 23 de Febrero de 1793, jamás semejante causa agitó á los hombres ni fué llevada ante el tribunal de la guerra. No se trata del interés de un día, sino del de siglos enteros; no se trata de la libertad de un pueblo, sino de la de todos... Si sois vencedores, es el fin de los tiranos; los pueblos se abrazan, y, avergonzados de su eterno error, apagarán para siempre las antorchas de la guerra: se os proclamará salvadores de la patria, fundadores de la república y regeneradores del universo," (2).

Las cruzadas del siglo XII iban á la conquista de un sepulcro. Se puede compadecer su ciega credulidad; pero al menos hay que rendir homenaje á su sacrificio, á su abnegación. Más felices, los soldados de la república combatían por la libertad; esta es la religión de la Francia revolucionaria; inspiró el poder del sacrificio á los voluntarios que se alistaban para su defensa. Mientras que la coalición

(1) *Moniteur* du 27 janvier 1793.
(2) *Moniteur* du 25 février 1793.

no trataba más que de los derechos de la monarquía y no tenía otro objeto más que el interés egoísta de las potencias coligadas, el presidente de la Convención decía á los peticionarios: "Los reyes están en presencia de las naciones; los derechos de los hombres y los abusos de la tiranía se presentan en línea de batalla; los destinos del universo van á depender de este combate," (1). No hay una palabra que revele codicia, ni un deseo inmoderado. ¿Cuál es la meta que la Convención presenta sin cesar á los esfuerzos de los ejércitos republicanos? La fraternidad universal. "La fraternidad, dice el presidente á una diputación de una provincia alemana, la fraternidad es la base del sistema político de los Franceses; todos los pueblos son hermanos, puesto que los hombres lo son," (2).

El amor á la libertad y el sentimiento de la fraternidad humana eran una religión para la Francia revolucionaria. Esta fe viva fué quien dió la victoria á la república sobre la Europa coligada. Los intereses se desalientan, la fe saca nuevas fuerzas hasta de los reveses. En el mes de Marzo de 1793 el ejército de la Meuse fué batido. Robespierre aparece en la tribuna; al oírle se hubiera podido creer que la Francia había sido victoriosa: "La nación francesa, dice, está llamada á castigar todos los tiranos del mundo. La Convención nacional puede apresurar esta feliz revolución. Basta ponerse á la altura del carácter divino de que está revestida, pues es una misión divina la de crear la libertad dirigir su poderoso impulso contra la tiranía y hacer la prosperidad de los pueblos," (3).

El año 1793 fué rudo para la joven república. Desgarrada por la guerra intestina, atacada por la Europa entera, creó ejércitos como por encanto y mantuvo su independencia. Soñó con las represalias. La suerte de la libertad es lo que preocupa continuamente á la Convención. "Que la libertad perezca en Francia, exclama Robespierre; la naturaleza entera se cubrirá de un espeso velo, y la razón humana retrocederá hasta los abismos de la ignorancia y de la barbarie... ¡Oh, quién de nosotros no siente engrandecer sus facultades todas, quién de nosotros no cree elevarse sobre la humanidad misma, al pensar que no combatimos solamente por un pueblo, sino por el universo; no sólo por los hom-

(1) *Moniteur* du 6 février 1793.
(2) *Moniteur* du 5 février 1793.
(3) *Moniteur* du 10 mars 1793.